

celos ó en el amor, es menos seguro. Ved cuál es el ejemplo que evoca Rostand para pedir que se suprima la publicidad de los actos delictuosos, y os convenceréis de que ni siquiera puede ser llamado *pasional*.

Un teatro de esta población daba hace pocos años un drama en el cual un apache estrangulaba á una cortesana en un momento de amor. Cierta noche, al salir del espectáculo, un caballero estranguló en su lecho á una pobre ramera. Los periódicos comentaron el caso como un ejemplo típico de sugestión criminal, y el defensor, después de hablar de pasión, tuvo que proclamar la irresponsabilidad de su cliente, que era, en efecto, un desequilibrado. Los desequilibrados pueden tener mucho que perder leyendo historias de sangre y de voluptuosidad. Pero los criminales pasionales no siempre son desequilibrados.

\*  
\* \*

Así, el hombre que mató á su esposa porque la sorprendió en flagrante delito de «mirada tierna», no puede ser considerado, ni como un loco ni como un desequilibrado. Los datos sobre su vida lo presentan cual un ser perfectamente normal, sin vicio ninguno, y sólo afligido de un amor muy grande por su compañera. Este amor fué la causa de todo.

—¿No reflexionó usted—preguntóle el co-

misario de policía—en las cons de su acto?

—No pensé en ellas. Pero si hubiera podido preverlas, no por eso me habría detenido. Mi pasión era toda mi vida.

Esta es la verdad. Para el que comete un crimen pasional, la existencia no tiene importancia ninguna fuera de su amor. Ni la idea de castigo, ni los principios religiosos, ni la educación moral, pueden detener su mano.

Por eso mismo el problema es más pavoroso. Los crímenes aumentan en proporciones enormes. Como el héroe de la «Balada de la Reading Geole», «cada uno quiere matar lo que ama». Y los sociólogos se preguntan, ante cada cadáver, si no hay algo de cambiado en el alma del hombre, que se hace cada vez más feroz, más cruel, más incapaz de oír la voz de la conciencia.

\*  
\* \*

Antaño, uno de los elementos con los cuales contaba la Justicia para descubrir á los criminales y para obtener de ellos la confesión de sus culpas, era el remordimiento. En las Memorias de los más ilustres policías suele verse á un asesino que, pálido y crispado, se presenta ante un comisario, después de pasar una horrible noche de rojo insomnio y exclama:

—¡He asesinado!

Pero, en nuestros días, ya la policía no puede contar con tal elemento. El remordimiento ya no existe, ó, por lo menos, ya casi no existe. Hay una crisis del remordimiento, como hay una crisis de la fe y una crisis de la ciencia. Nos lo asegura un criminalista, y no uno de esos discípulos de Lombroso que ven las almas de los asesinos desde un gabinete, sino un verdadero práctico, un antiguo carcelero de alta importancia, el célebre Mimande. «Las almas de los criminales—dice—están vacías. Nada queda en ellas que pueda revivir. Así, Fenayrou no pensó nunca sino en su bienestar material, y Gabriela Bompert no pronunció jamás una palabra de contrición durante los trece años que pasó en la cárcel. El mismo Soleilland duerme muy tranquilo, y seguirá durmiendo lo mismo, á menos que se enferme del estómago.» Y no sólo los criminales natos, no sólo las fieras humanas viven así, tranquilas. Los delincuentes ocasionales, los que no matan sino en un momento de locura, los que, á no haber sido una circunstancia fatal, hubieran llevado una existencia perfectamente honrada, los pasionales y los débiles, en fin, también desconocen el arrepentimiento. Razonando de un modo egoísta, todos ellos encuentran argumentos para justificar sus faltas. «Yo no tuve la cul-

pa», murmuran. Y esto que parece una excusa hipócrita, es la más sincera de las convicciones, Nadie cree tener la culpa de nada. Con inconsciente habilidad, cada uno encuentra sutiles motivos para su caso.

—Pero—preguntan los que leen la crónica de los penales—¿y esos criminales que tratan á cada momento de suicidarse?...

—Esos criminales—contesta Mimande—quieren escaparse de la vida porque encuentran el presidio insoportable, no por remordimiento.

El remordimiento, en efecto, y su compañero el arrepentimiento, no existen en las cárceles, ni aún en las capillas en donde los que van á ser ajusticiados esperan la hora de la muerte. Una experiencia macabra lo prueba. El hombre que ya no espera nada de los hombres, el hombre que ya casi no es hombre, el hombre que se encamina, lívido, hacia la guillotina, aún tiene fuerzas suficientes para engañarse á sí mismo unos segundos y para tratar de engañar á los demás. Entre los diez y siete condenados á muerte que Mimande ha llevado al cadalso, quince han representado, en el último momento, la misma terrible comedia. Al verse junto al verdugo, han pedido que se les permita dirigir la palabra á sus compañeros de cárcel. Y han dicho:

«En esta hora suprema pido perdón á la

sociedad por mis faltas. Compañeros, ya veis adónde puede conducir el mal camino. Que mi suplicio sirva á alejaros del crimen. Yo confieso que merezco la muerte.»

¿Estas palabras os conmueven á vosotros los que no habéis vivido en las prisiones? A mí también me conmueven. Pero es porque no conocemos el alma de los criminales. El buen criminalista Mimande dice: «Cada vez que yo oía ese discurso, siempre igual, sabía que era una mentira, y que por la noche los camaradas se reirían de él. El condenado á muerte, en efecto, no habla así sino porque cada palabra alarga un segundo su existencia.»

¿Habéis leído jamás una frase más terrible?

\* \* \*

Yo conozco un asesino, sin embargo, que nos hace ver que esto no es enteramente exacto y que aun hay en el alma de los que cometen un crimen, algo de humano, algo de tierno. Por tierno se ha dejado prender. Porque á pesar del orgullo de los Hamard, es seguro que los linceos de la prefectura hubieran podido pasarse una semana entera junto á Max sin reconocerlo, si en su ingenuidad increíble el amante de madame de Villiers no hubiera cometido la falta suprema de que habla Jaime. «Cuando cogemos á un bandido

—dice Jaime—es porque comete una falta. Yo descubrí á un asesino sólo porque tuvo la distracción de pagar su almuerzo con monedas de cobre.» La distracción de Max ha consistido en no cambiar de zapatos. Todo lo demás estaba perfectamente cambiado. En vez de su hongo á la moda, llevaba un sombrero de campesino, y su traje no era ya el del elegante vividor, sino el del humilde obrero. Pero su calzado seguía siendo el mismo. «Lo reconocimos—confiesan los gendarmes—por sus finos zapatos amarillos.»

Verdad es que, si no lo hubieran reconocido, lo mismo fuera. Ese pobre muchacho habría acabado por ir á constituirse prisionero en cualquier parte. Porque si hay alguien en el mundo que no nació para asesinar, ese alguien es él. En todos sus actos se nota su falta de tino, y de energía y de previsión. En el momento de matar no llevaba sino un mal cortaplumas, comprado en un bazar de Madrid. Una vez en la calle, con los diamantes de su víctima en el bolsillo, no supo ni siquiera alejarse del lugar en donde acababa de cometer su crimen.

—Cuando salí de casa—dice—tuve el presentimiento de que no lograría escaparme.

En seguida agrega:

—Mis remordimientos me impedían huir. Yo soy muy tierno.

Esta última frase, según parece, ha hecho reír al juez, y de seguro hará sonreír á mis lectores. Sin embargo, es una frase sincera. Así como hay un delincuente honrado, hay un asesino tierno. Este es Max Tschernadieff. Y no me digáis que en su premeditación se ve una frialdad visible, y que su encarnecimiento al herir á su víctima denota un alma feroz. Su alma es una pobre alma suave y soñadora. Su crimen no fué sino un sueño malo puesto en acción. Sus manos hicieron lo que su voluntad apenas ordenaba. El brillo de las joyas lo atraía. La lujuria le daba fuerzas diabólicas. El miedo de la miseria lo animaba. Pero en todo eso, realmente, no existió premeditación ni cálculo de ninguna especie, pues si ese hombre hubiera calculado, ¿cómo había de llevar á su víctima á su propio aposento?... ¿Cómo había de acuchillarla con un cortaplumas?... ¿Cómo había de dejar junto á su cortaplumas ensangrentado una colección de retratos suyos?... Fué un sueño malo, un sueño de sangre, un macabro sueño de locura, con un despertar de espanto.

—Al verme libre—dice Max—penetré en un café de la rue de Bondy, y subí al piso primero, en donde dije en voz baja á la propietaria que era preciso llamar á los guardias para prenderme, pues acababa de matar á una cocota. La buena mujer, que me conocía, me

creyó, sin duda, borracho, se contentó con aconsejarme que me fuera á acostar, y agregó que yo no podía matar á nadie, que yo no sería nunca asesino.

Esta mujer tenía razón al hablar así. Su instinto ha sido más verídico que la realidad. Hay gente que asesina sin ser asesina.



Pero esta gente no es la que interesa, no es la que apasiona al mundo. Sus crímenes carecen de horror y de misterio. Matan ingenuamente y la gente se ríe de ellos. Lo que la gente necesita es el bello crimen.

¿Sabéis lo que es el bello crimen? En París hay uno cada año. El año pasado fué Madame Steinhel. Este año se ha hecho esperar un poco. Pero en cambio ha sido más bello, más admirable que todos los de estos últimos lustros. ¡Qué digo! Desde la época, ya lejana, de los Pranzini, de los Prado y de los Tropman, ningún crimen había tenido igual importancia. Todo en él es admirable. La muerta era una cortesana venida de Escandinavia para cautivar con sus ojos claros á los clientes de Montecarlo. El asesino es un gran señor inglés, un *sir*, un noble varón. En cuanto á la asesina, ¿quién sabe ni cómo se llama realmente, ni dónde nació, ni de dónde viene? Los jueces, sencillos como todos los realistas, han acepta-

do su declaración y creen que se llama en realidad, Girodin y que nació en una aldea de Francia. Pero otros, más imaginativos, comprenden que una mujer que ha sido esposa de un capitán inglés, que ha vivido en el Canadá que ha hecho y deshecho fortunas en Londres, no debe ser de una ingenuidad tal que vaya á decir desde luego la verdad. Porque la verdad en labios sutiles de gran delincuente, es una flor increíble. La verdad, que es la franqueza, se queda para los burgueses, para los que se arrepienten apenas han pecado, para los que se ríen del prestigio. Los seres superiores, por el contrario, guardan siempre un poco de misterio para preocupar eternamente. ¿Quién sabe, por ejemplo, lo que fué Prado?... ¿Quién conoce los nombres de las amantes aristocráticas de Pranzini?... ¿Quién tiene datos exactos sobre Tropman?... Y de esta lady Goold, seguramente se conservará un recuerdo tan enigmático como el que nos han dejado aquellos tres maestros en el arte del asesinato.

¡Ah! Ya sé que, considerado desde el punto de vista de un Sherlock Holmes ó de un Raffles, el crimen de Montecarlo es inepto. Por más precauciones que hubieran tomado, los asesinos tenían que ser descubiertos. El sistema del baúl no ha sido nunca perfecto. Desde mi amiga Gabriela Bompard hasta este no-

ble inglés, todos los que recurren á la *malle sanglante* caen fácilmente en poder de la justicia. Pasar un cuerpo cortado en pedazos por las Aduanas es menos fácil que pasar una caja de tabacos. Pero en este punto yo soy clásico, y creo, como mi maestro Tomás de Quincey, que no se le debe exigir al asesino sino que haga una obra «bella», es decir, una obra de espanto, una obra trágica, una obra de esas que hacen pasar por la espina dorsal de la humanidad un escalofrío intenso.

La cosa no es fácil, os lo aseguro. De cada cien crímenes no vemos uno que nos haga sentir el temblor trágico. Los malhechores, como los poetas, se han hecho utilitarios, y prefieren consagrarse á rápidas labores sin grandeza. Para obrar de un modo épico hay que tener un alma muy fuerte. En el crimen, cual en la virtud, hay Esquilos y Dantes. Un Tropman no puede ser comparado con un apache cualquiera de los que dan una puñalada y huyen con el reloj del muerto. No. El mismo Soleilland no es sino un miserable sin razón y sin arte. Si su crimen es odioso, es por circunstancias independientes de su voluntad. En cuanto á su alma, no es sino un alma baja que movió, en un momento de vértigo, su brazo sanguinario.

No así lady Goold; no así el barón Goold. Estos dos grandes señores han demostrado

que no ignoran los refinamientos del arte de Williams, aquel épico Williams que se ponía su más fino frac para asesinar y que no daba nunca una puñalada sin calzar guantes blancos. Hay, en efecto, en los detalles del drama de Montecarlo, uno que no debemos dejar pasar desapercibido. Es el cambio de traje de la delincuente. Antes de matar á la Liwey, en efecto, la misteriosa señora Goold se puso un traje rojo y se asomó á su ventana. Media hora más tarde apareció de nuevo en su balcón, vestida de negro. En el intervalo, la portera de la «villa» vecina oyó el ruido de un cuerpo que se desploma. ¡Cómo dudar pues, de que cada traje correspondió, en el espíritu sutil de esta diabólica dama, á un momento especial del drama! El rojo era la sangre. Una vez la tarea cumplida, el negro convenía mejor.

Otro detalle de los que delatan al asesino de raza, al asesino que considera su labor como *una obra de arte*, es la división del cuerpo cortado en pedazos. El tronco lo pusieron en un baúl. La cabeza no. La cabeza la llevaron en una maleta de mano. Y por un refinamiento de crueldad irónica, esa maleta la hicieron cerrar y atar por la inocente sobrina que vivía con ellos, como para que, inconscientemente, ella también tomara parte en la tragedia. Me acuerdo de que Gabriela Bompert, cuando

tenía el cuerpo de Gouffet en el baúl, se entretenía en llamar á la criada que la servía y en decirla: «Toca esta caja... ¿No te parece pesada?... Toda mi fortuna está allí.» Y luego por la noche, cuando su amante la dejó sola con el lúgubre bulto, una idea terrible germinó en su cerebro. Quería ir á la calle, buscar á un hombre, llevarlo á su cuarto y, después de embriagarlo de caricias decirle:

—¡Abre ese baúl!

La señora Goold me parece del temple de Gabriela. Por su cabeza inquieta deben de haber pasado mil ideas extraordinarias mientras el cuerpo muerto, tal vez ya cortado en pedazos, estaba guardado en el gabinete de *toilette*. A su sobrina la dijo:

He cerrado esa puerta con llave... No te importa lo que hay dentro.

¿No notáis en esto un desafío muy atrevido á la curiosidad femenina? Barba Azul no decía sino frases idénticas á sus esposas.

—Esto es secreto.

Si la sobrina hubiese tenido un alma de mujer, tal vez en medio de la noche, mientras sus tíos dormían, habría buscado una llave falsa, y á la luz de un candil, abría abierto la puerta secreta. ¡Qué cuadro! ¡Cómo debe de haber gozado figurándosele, la terrible lady Goold! ¡Con cuánta angustia mezclada de suprema voluptuosidad debe de haber pasado